

EL REALISMO HISTÉRICO Y LA CRÍTICA INDIRECTA

Wilfrido H. Corral

«¿Aristócratas? los mismos cuerpos feos y suciedad física, la misma vejez sin dientes y muerte asquerosa, como la de las verduleras». Observaciones como ésta, que mantuvo en cuadernos durante los últimos años de su vida, le permitieron a Chejov escribir cuentos en que transmite que la muerte iguala a todos. Traigo esa cita a colación porque, si de citas similares Chejov construía un mundo, la crítica las tergiversa, dándoles el giro que le conviene. Ese es el *modus operandi* de la nota «De la Cuadra: *Obras completas*, realismo mágico y una discutible reivindicación» (89-102) que el amigo Miguel Donoso Pareja publicó en el número dieciséis de *Kipus*. Digo «amigo» sin ironía o sarcasmo, porque si abogo por la necesidad de una crítica directa, agradezco que Miguel me haya presentado al público ecuatoriano al incluir un trabajo mío en la *Recopilación de textos sobre Pablo Palacio* (1987). Desde entonces lo he citado en contexto, nos hemos visto en México, donde lo conocí, y hace poco escribí una carta de apoyo para que se le otorgara un fondo nacional vitalicio.

Soy consciente de las opiniones encontradas respecto a cómo responder a una crítica que mencione al infractor interpretativo. Contestar con vehemencia *ad hominem* siempre linda con lo irracional. Es igualmente inconsecuente no hacer nada, darle importancia o gusto a quien la quiere o necesita, creer que no sacamos nada y perdemos el tiempo, y que son otros con quienes debemos dialogar. Porque respeto a Miguel y no me ha ofendido seré directo y constructivo, sin optar por las posibilidades de respuesta mencionadas o por el silencio de los colaboracionistas. También estoy de acuerdo con un subtexto aparente de él: un problema no desaparece con simplemente ignorarlo, que sería rendirse a la peor crítica: la autocensura. Y si esta discusión se queda en *Kipus* socavamos nuestro propio territorio, nos abrimos a que se crea que en el Ecuador se hace las cosas a medias, sin apertura.

Respondo entonces por las razones que su nota no esconde muy bien, por una función social superior a Donoso Pareja y a mí, y puedo darme el lujo de hacerlo por no vivir en mi país. Ese lujo no me enorgullece, porque tampoco es nuestro privilegio y ocurre con cualquiera que deja su país, como hizo Miguel en su momento. El lujo específico es no preocuparse por represalias o el poder de Papas guayaquileños o quiteños que excomulga a cualquier apóstata. También contesto porque su comentario no debe ser imitado por cualquier émulo posible, ya que la autoridad crítica no se debe armar con insignificancias o surgir de ellas. También es hora de superar los descuidos formales y lógicos y criticar a los críticos que se han endiosado por falta de mundo.

Entonces, considero una obligación señalar algunos errores conceptuales de Miguel, no corregir sus opiniones. A pesar de que parece ver mi trabajo como parte de un esfuerzo conjunto, aclaro que solo hablo por mí y no defendiendo a nadie. Supongo que por respeto al autor y a la libertad de expresión los redactores de *Kipus* dejaron intacto su texto, porque lo que se podría considerar «crítica» comienza solamente en la página 92, y termina en la parte superior de la 95. El resto es un recorrido trillado respecto a De la Cuadra, y el «método» es no decir nada constructivo sobre el texto presuntamente reseñado, para repetirse por enésima vez y construir un argumento insensato, con transparentes cumplidos a medias. Hay que decir que el resultado da vergüenza ajena.

Desde el comienzo Miguel dice «las notas del autor de *Los cuadernos de la tierra* han sido suprimidas, lo que en mi opinión constituye una pérdida para los eventuales lectores del libro actual; y se ha agregado tres artículos sobre De la Cuadra —que firman Wilfrido Corral, Leonardo Valencia y Cristóbal Zapata—, en sustitución [sic] del prólogo de Alfredo Pareja Diezcanseco» (89). Los graves errores son creer que la edición auspiciada por la Municipalidad guayaquileña pretendía ser una edición «crítica», como subestimar la capacidad de los lectores posibles, que tal vez no necesiten las notas de ediciones anteriores. Miguel sería el primero en admitir que los otros colaboradores y yo seguramente apreciamos el valor de las opiniones de Pareja Diezcanseco, y en mi caso lo he manifestado por escrito, dedicándome también a las virtudes de Miguel. ¿Pero cuál es el error o problema de publicar otra edición, con otros colaboradores, o sin incluir el Prólogo que él mismo escribió para una edición colombiana de los cuentos de De la Cuadra?

A Miguel le sorprende que yo diga «(...) hoy se reconoce universalmente su novela *Los Sangurimas/Novela montuvia ecuatoriana* (1934) como precursora del realismo mágico». El desdén formal, tal vez la práctica más constante en los escritos críticos de Miguel, es citar mal, fuera de contexto, sin proveer número de página, o haciéndolo selectivamente. Porque lo importante son las ideas, ésta sería una salvedad «nimia», uno de los vocablos sobre los que se ex-

playa Miguel con ahínco colegial. Es igualmente absurdo postular sesgadamente que «realista» es un término interpretativo más factible o productivo que «aristócrata». Pero resulta, y se me perdonará la nimiedad, que antes de la frase mía con que Miguel comienza su cita está la conjunción «aunque» (ix),¹ que le da otro matiz a lo que digo. Como él comprueba a pesar de sí, no soy el primer crítico nacional o internacional en creer que De la Cuadra, e incluso don Ángel F. Rojas, son posibles antecesores del realismo mágico. Claro, Miguel se explayará sobre ese concepto insostenible (si solo por el exotismo con que se nos sigue vendiendo en el exterior y para la crítica), desafortunadamente de manera reiterativa y derivativa, como apunto en su momento.

Le agradezco a Miguel que quiera esclarecer qué quise decir con el título de mi prefacio (no prólogo), y que repita mi opinión sobre un tipo de crítica practicado en el Ecuador (90), que mantengo. No puedo expresar el mismo sentimiento respecto a su conclusión de que «El mensaje de Corral es claro, aunque discutible: hasta su llegada [sic] nuestra crítica mediocre [sic] leyó mal a De la Cuadra, es decir, lo tergiversó, y es en ese sentido que él [sic] lo recupera o reivindica» (91). Otra vez, vuelve a la frase sacada de su contexto, a aclaraciones léxicas mezquinas que ahora parecen preocuparle respecto a novelistas (bueno, permítaseme por lo menos una indirecta) y críticos, lo cual lo ubican en la filología más rancia e improductiva que ningún crítico que se respete debe emular.

Lo que en verdad quiere Miguel es que se vea todo en términos de la única cosmovisión que le parece importar: tratar de fijar un término histórica y teóricamente voluble, el realismo; y por ende su obsesión con el tema. Por supuesto, tiene el derecho de haberle dedicado toda su vida crítica, pero su deber intelectual también es admitir sus limitaciones, porque las del crítico se desprenden de su historia interpretativa, la cual hace previsibles sus aseveraciones. Para un joven escritor serio apegarse al realismo después de 1960 requería desobediencia y valor, decía Tom Wolfe en un ensayo de 1989. Pero en el sector crítico en que se mueve Donoso Pareja se trata de lo contrario: imponer una sola visión de lo que *deben ser* la narrativa y la interpretación. Y ese es el mal ejemplo que no se debe seguir. Tampoco se debe calcar el descuido estilístico, el volver a las mismas referencias y referentes de siempre (véase cualquier colección de sus ensayos, y las notas 4 y 21 de su texto), porque el reciclaje deja mal al crítico que quiere mostrar la seriedad de su quehacer y su di-

1. Ante el desdén bibliográfico, y para dejar las cosas en claro y proveer el contexto que no les da Donoso Pareja, me veo obligado (soy académico acostumbrado a la exactitud) a autocitarme por «Reivindicación de José de la Cuadra y el cuento ecuatoriano», José de la Cuadra, *Obras completas*, edits. Melvin Hoyos Galarza y Javier Vásconez, Guayaquil, Publicaciones de la Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2003, pp. ix-xix.

namismo. Miguel leyó o quiso leer mal mi nota, que se concentra en la recepción *externa* de De la Cuadra (véase pp. xiii-xv, xvii, xix).²

Ahora, la tendencia historicista de la crítica latinoamericanista producida en nuestro continente (estoy generalmente de acuerdo con la opinión que ha expresado Miguel de lo que se hace con nuestra literatura en el país en que vivo) ha sido pontificar sobre la necesidad del realismo, y por ende no tiene otra opción que citar nombres y obras periclitadas al respecto, acudir, por ejemplo, a una historia reduccionista, incompleta y muy descuidada de la novela hispanoamericana (la de Fernando Alegría, de 1986). Es evidente que la razón principal para recurrir a aquella documentación es que está de acuerdo con su propio punto de vista ideológico. No se soluciona el problema arguyendo que todo crítico hace eso, porque el contrapunto obvio y necesario es la ética profesional que nos debe hacer admitir la existencia y viabilidad de otros puntos de vista, así no estemos de acuerdo con ellos.³

Éste no es el lugar o el momento de recurrir a las mismas tácticas de mi crítico, ni de proponer los vastos y nuevos modelos críticos que se necesita, o no. Tampoco pretendo definir aquí el realismo por enésima vez, para cuya «reivindicación» Miguel gasta una página y media alucinante (95-96) que no tiene conexión lógica con la sección que sigue, «Cuatro de las siluetas» (96-98). Que Miguel enfatice el valor de las notas de la edición que se hizo hace casi cincuenta años, y que reitere que «todas las implicaciones teóricas y las razones para la inclusión de unos textos y la exclusión de otros, fueron suprimidas en las *Obras completas* de 2003, por lo que este volumen, sin el conocimiento [sic] del que lo precede y lo organiza [sic], podría parecer arbitrario» (98), no contribuye nada a un mejor entendimiento actual del legado de De la Cuadra. Más importante, ese último argumento de Miguel contradice totalmente su opinión inicial: que la edición de 2003 ha sido hecha «Con la misma recopilación y ordenación de textos realizada» (89) para la edición de 1958.

Como insiste Miguel, el realismo sigue vivo en nuestro país y en otros de nuestro continente. Para entender los avatares de aquella práctica, especialmente cuando quiere conectar la presencia y vigencia del término a las arbitrariedades del mercado, no es necesario recurrir a su sección «Varios años

2. Así, repite la misma idea, cita o argumento en las páginas 90 y 91-2, y en las 89 y 98.

3. Ese peso de los maestros hispanoamericanos de los sesenta ha sido bien definido en la sección «Novela: ¿realismo?; ¿vanguardia?» (307-327) del capítulo «Poéticas y políticas de los géneros» de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; y por Jorge Enrique Adoum, «El realismo de la otra realidad», en César Fernández Moreno, edit., *América Latina en su literatura*, México, D.F., Unesco / Siglo XXI, 1972, pp. 204-216, que he citado en varias publicaciones mías, cuando necesario.

atrás, en España» (95-96), ni tampoco a las inexactitudes e hipérboles con que califica novelas nada «realistas» de los mexicanos Volpi y Padilla como «*best sellers* mundiales» (94). La realidad, si me permite, es que hay que mirar mucho más allá de De la Cuadra y sus contemporáneos y semejantes para entender cabalmente a De la Cuadra, hay que dejar de ser monotemático y monolingüe. Por ejemplo, en su ficción y ensayística Vargas Llosa ha reunido las condiciones y acumulado la mejor trayectoria sobre el dinamismo y complejidad del realismo. Pero por ¿diferencias? pseudopolíticas los críticos ideológicamente correctos rehúsan recurrir a la sofisticación del peruano. *Kipus*, que admite varios enfoques, incluso los del que escribe esta nota, ha publicado crítica con investigación más convincente que la de «De la Cuadra: *Obras completas*, realismo mágico y una discutible reivindicación», y es constructivo rechazar el pensamiento usado que se ubica al centro de argumentos como el que comento.

Ante la proliferación en Occidente de lo que se ha dado por llamar «realismo sucio», que en el caso hispano-americano proviene básicamente de calcos anglosajones, opto por ofrecer la puesta al día que el crítico inglés James Wood llama «realismo histórico», y que define así:

[Esto] no es realismo mágico sino lo que podría llamarse realismo histórico. Contar historias se ha convertido en un tipo de gramática en estas novelas; es así como se estructuran y se conducen. No se está aboliendo las convenciones del realismo sino, por lo contrario, se las agota, se las hace trabajar demasiado. Apropriadamente entonces, las objeciones de uno no se deben hacer al nivel de la verosimilitud sino al de la moralidad: no se debe culpar a este estilo de escritura porque le falta realidad —la acusación acostumbrada— sino porque parece evadir la realidad mientras pide prestado del realismo. No es una embarrada sino un encubrimiento. (179).⁴

El último párrafo de Donoso Pareja entristece mucho (y sus aliados metodológicos e ideológicos deben sugerir la calma, no el parricidio), y no solo por su mezcla débil de populismo, elitismo patriotero y, peor, crítica *indirecta* de los esfuerzos editoriales ecuatorianos como los que publicaron las obras de De la Cuadra en 2003. He ahí otra contradicción con el párrafo con que despega su nota, en que se refiere a una «iniciativa editorial digna de nuestro mejor aplauso dentro del trabajo cultural de las autoridades edilicias del puerto» (89).⁵ ¿En qué quedamos?

4. James Wood, «Hysterical Realism», *The Irresponsible Self: On Laughter and the Novel*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2004, pp. 178-194. La traducción es mía.
5. Miguel nos recordaría que, según el *DRAE*, este es un adjetivo que se usa solo en la Argen-

Cualquiera que me conozca sabe que no soy aristócrata ni aristocratizante. No puedo comenzar a adivinar en dónde radica la amargura del amigo Miguel, su descontento, ni juzgarlo por un solo desliz crítico. No me incumbe señalar errores que haya cometido en otras ocasiones, pero en este caso habría sido más fructífero decir, sin rodeos e inseguridades, «no me gustó el prólogo», y ya. Por no superar las arengas y peroratas formalistas, la falsedad e hipóbole, cierta condición crítica ecuatoriana *generalmente* vuelve al pensamiento débil; a las opiniones unívocas, a creencias ciegas en el valor nacionalista de *un* tipo de realismo, y a las venias acríticas ante el poder, real o percibido. Ese proceder no ayuda para nada a celebrar el valor de la obra de De la Cuadra, que es lo que nos debe reunir por encima de nuestras muy humanas reacciones. ●